

**DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS**



# **Catholic Biblical Federation**

## **HACIA EL DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS (21.1.2024)**

*20 de enero de 2024 - Conferencia en línea*

## **Mateo 25,31-46**

### **Justicia posible para todos**

**George Ossom-Batsa**

En el Evangelio de Mateo, Mateo 25,31-46, conocido como el “Juicio Final”, concluye el discurso escatológico de los capítulos 23-25 y todo el ministerio de Jesús. Se sitúa inmediatamente antes del comienzo del relato de la pasión en 26,1. Hay fuertes vínculos teológicos con el contexto literario inmediato, ya que reitera los elementos esenciales de la descripción de la parusía en Mateo 24,29ss: la venida del Hijo del Hombre y la reunión escatológica de los elegidos.

Con vocabulario e imaginería de la tradición apocalíptica (Dan 7,13; Zac 14,5), Mateo presenta la “última página” de la historia humana, donde se revela el secreto del corazón y se cumple el destino de cada persona en la venida del Hijo del Hombre, que ahora “será entregado para ser crucificado” (26,2). No sólo Israel es llevado a juicio, sino con ella todas las naciones de la tierra (25,32). Lo anunciado en 24,31 - “enviará a sus ángeles con gran trompeta para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos”- se extiende ahora a todas las tribus de la tierra.

Además, el juicio final está vinculado a la instauración definitiva del Reino de Dios, ya anunciada en 4,17: “A partir de entonces, Jesús comenzó su proclamación con el mensaje: “Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca”. En la venida del Hijo del hombre en su gloria y su entronización en el tribunal (25,31b), separará a todas las personas reunidas en dos grupos: los justos y los malvados. Mateo alude a una imagen profética para mostrar cómo tendrá lugar el juicio (cf. Ez 34,16-17): la separación de las ovejas de las cabras. Esto hace que el pasaje sea parabólico.

La clave interpretativa de todo el pasaje es el doble diálogo simétrico, cada uno de los cuales presenta tres momentos importantes: el juicio (vv. 34-36 y 41-43), la respuesta de los juzgados (vv. 37-39 y 44), la justificación del juicio (vv. 40 y 45). Encontramos en la declaración del juicio y en la respuesta de los juzgados la misma lista de seis “obras de misericordia”: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, acoger al forastero, vestir al desnudo, visitar al enfermo y visitar a los encarcelados, repetida cuatro veces.

Estas repeticiones son recursos literarios que Mateo empleó para lograr un efecto perlocutivo en los lectores cristianos y animarles a asumir una actitud abierta hacia la caridad solidaria.

Anteriormente, en la narración evangélica, Jesús ya había pedido a sus discípulos esta forma de vivir cuando les amonestó: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48; véase también 6,1-4).

Además, esta invitación y las obras de misericordia tienen profundas raíces en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, Dios visitó a Adán y Eva desnudos y los vistió (Gn 3,21); Dios visitó a Abraham cuando estaba enfermo y consoló a Isaac en sus aflicciones (Gn 26,1-5).

En los Profetas y los Salmos abundan varios ejemplos en los que Dios es presentado como un Pastor que apacienta, protege, guarda y cura a su rebaño (Sal 23,1-3): “El Señor es mi pastor, nada me falta. En praderas de hierba me deja reposar. Junto a arroyos tranquilos, me conduce para restaurar mi espíritu. Me guía por sendas de justicia salvadora, como corresponde a su nombre”. En particular, estos actos de amor del Padre son los que Jesús invita a sus discípulos a emular, siendo perfectos como el Padre es perfecto.

Sin embargo, en el texto mateo no tenemos simplemente una “imitatio Dei” o un programa mesiánico en favor de los pobres o un programa ético. Más bien, el Rey-Juez se identifica con los pobres y necesitados y, por tanto, considera que los actos de amor mostrados o negados a los “pequeños” de la comunidad son hechos a él. La singularidad y la importancia teológica del juicio final es que el Rey-Juez no se considera a sí mismo el sujeto sino el objeto de los actos de misericordia: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me curasteis; en la cárcel, y me visitasteis”. Estas observaciones sorprenden y asombran tanto a los que practicaban la misericordia como a los que no, porque no eran conscientes de que sus actos iban dirigidos a Jesús.

Para Mateo, el juicio final es universal porque todas las naciones están reunidas para el juicio. Además, abarca a todas las personas, tanto si reconocen a Jesús como si no, y el criterio es la misericordia hacia los menos privilegiados, de los que podría decirse que son el “sacramento” de la presencia histórica del Hijo del Hombre. En los pobres y los perseguidos, el Rey-Juez, Jesucristo, está presente en nuestro mundo contemporáneo. Aunque el juicio tiene carácter universal, también es personal, ya que cada persona será recompensada según sus obras. Que la “entrada y pertenencia al Reino no requiera explícitamente el conocimiento de Cristo, sino “acoger” a un hermano necesitado, ha ocupado la atención de los intérpretes. ¿Tiene el cristiano alguna ventaja? Lo que queda claro en el texto es que será juzgado en función de la práctica de la “caridad solidaria”, un acto de amor concreto.

Sin embargo, es importante considerar el significado de “‘el pequeño’ de mis hermanos” (cf. vv. 40.45), con el que Jesús se identifica. ¿Quiénes son éstos? ¿Los materialmente pobres? ¿O los discípulos de Jesús? ¿O los misioneros pobres y perseguidos? La palabra griega traducida como “pequeños” que utilizó Mateo se encuentra en muchos otros lugares de su Evangelio: En 18,6. 10.14, el término se utiliza para describir a los cristianos indefensos y abandonados; en 10,42, se refiere a los predicadores pobres y necesitados del Evangelio a los que hay que “acoger” de corazón. Aunque la palabra “hermano” aparece en muchos lugares, el sintagma “mis hermanos” sólo aparece en 12,49 y 28,10 para describir a un discípulo.

A la luz del análisis anterior, los ‘hermanos pequeños de Jesús’ son miembros de la comunidad, abandonados, débiles, considerados insignificantes y olvidados. Y lo que es más impor-

tante, los ‘pequeños’ son los predicadores pobres y perseguidos del Evangelio. Por esta razón, retenemos que el juicio final se hace eco de la afirmación de 10,42 “Y cualquiera que dé a uno de estos pequeños aunque sea un vaso de agua porque es discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa”.

Una vez discutido el sentido del texto, la pregunta que surge es: “¿Qué itinerario hermenéutico nos propone a nosotros, lectores de hoy? En otras palabras, ¿cuál es el significado del texto para nosotros como cristianos? ¿Qué transformación se requiere de nosotros?”

En primer lugar, debemos darnos cuenta de que el mensaje del juicio final se dirige a toda la humanidad y a la Iglesia en particular. A todos los seres humanos se les recuerda que hay salvación después de la muerte y que la entrada en la bienaventuranza de lo divino depende del amor concreto que se extienda a los hermanos, especialmente a los menos privilegiados, en quienes encontramos a Dios mismo.

Como Iglesia y como cristianos, la invitación es a reconocer que no basta con ser cristianos nominales, sino a vivir el Evangelio del amor y de la solidaridad expresados en las obras de misericordia; en otras palabras, a abrazar la ética de la responsabilidad. Por tanto, ser hijo de Abraham o discípulo de Cristo no garantiza la entrada en el Reino de Dios. El camino de la salvación implica una humilde “escucha” de la Torá y una obediencia responsable a un Dios que se ha hecho uno de nosotros, “para llevar la buena noticia a los afligidos.... para proclamar la libertad a los cautivos, la vista a los ciegos, para dejar libres a los oprimidos (Lucas 4,18). Se nos recuerda, por tanto, que el amor a Dios y el amor al prójimo se han hecho uno: en los “pequeños” de los hermanos, encontramos al propio Jesús, y en Jesús encontramos a Dios.

Al final de nuestras vidas, tanto los cristianos como los no cristianos seremos juzgados en función del amor a Dios y del amor al prójimo. Por tanto, el texto de Mateo tiene un valor universal tanto para los creyentes como para los no creyentes. Por eso, los heraldos del Evangelio deben dar a conocer el mensaje del amor al mundo entero. He aquí la misión de la Iglesia ad gentes.

Dos proverbios ghaneses, que nos vienen fácilmente a la mente, pueden ayudarnos a apropiarnos del mensaje del juicio final:

- **“Una buena acción es como un árbol que da fruto”**. El proverbio subraya la importancia de realizar buenas acciones, que pueden tener un impacto duradero en el mundo. La vida humana en todas sus dimensiones (espiritual, social, política, económica y religiosa), así como las criaturas no humanas, reciben un impacto positivo de los actos de amor hacia Dios y nuestro prójimo.

- **“Cuando ayudas a alguien a subir una cuesta, tú mismo llegas a la cima”**. Este proverbio subraya la idea de que ayudar a los demás también puede beneficiarnos a nosotros a largo plazo. Cuando uno responde a los gritos de los afligidos y perseguidos, inicia el camino de la salvación. Donde yo quiero llegar, debo ayudar también a los demás a llegar.

En conclusión, el camino hacia el Reino requiere una “caridad solidaria” donde el yo y el otro puedan experimentar en el rostro del otro la debilidad del Señor que pide un abrazo de acogida. Sólo siendo **comunidad profética y solidaria** podemos dar testimonio del Dios que ha elegido la encarnación como medio de solidaridad radical con su criatura.

Por eso, los Padres de la Iglesia subrayan repetidamente en su enseñanza que no se puede seguir a Cristo sin reconocerlo en los pobres: “Vosotros que sois siervos de Cristo, sus hermanos y coherederos, mientras no sea tarde, ayudad a Cristo, alimentad a Cristo, acoged a Cristo, honrad a Cristo” (Gregorio Nacianceno).

Juan Crisóstomo, por ejemplo, reprocha a quien honra el “sacramento del altar” e ignora a los pobres. El respeto concedido a la Eucaristía debe extenderse hasta alcanzar “el sacramento del hermano”: “¿Queréis honrar el cuerpo de Cristo? No permitas que se convierta en objeto de desprecio en sus miembros, es decir, los pobres privados de mantas para cubrirse. No lo honréis aquí en la Iglesia con preciosos vestidos mientras lo abandonáis fuera para que sufra el frío y la desnudez. El cuerpo de Cristo sobre el altar no necesita abrigos, sino corazones puros; el que está fuera necesita muchas atenciones...

Por eso, mientras decoráis el lugar de culto, no cerréis el corazón al hermano que sufre.” En la misma línea, el Papa Francisco indica que el único camino a recorrer para un renacimiento de nuestras comunidades es convertirnos en una Iglesia “pobre y para los pobres”.



*Domingo 21 enero 2024*

<https://c-b-f.me/DPD2024-ES>

